

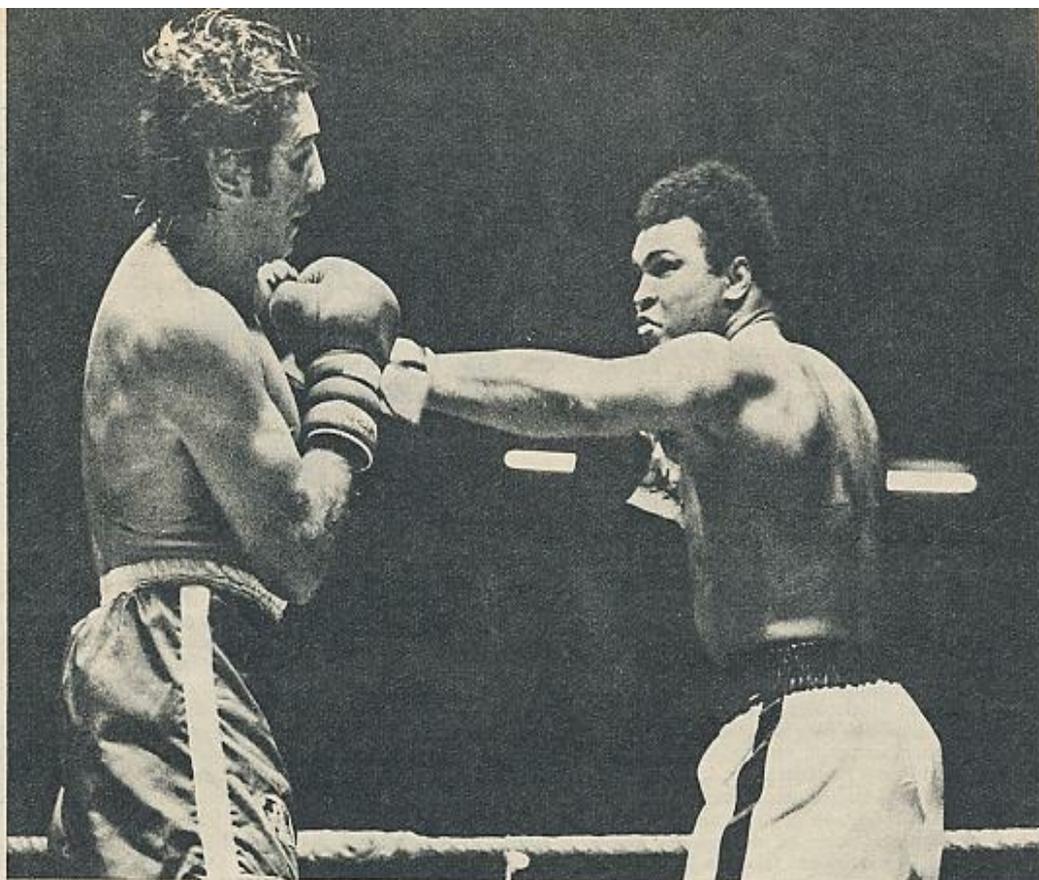
**M**UHAMED ALI viaja con su mujer, su madre, sus hermanas, como elementos familiares del séquito del rey del boxeo. Además, lleva «managers», secretarios, etcétera. Muhamed Ali hizo una exhibición en Casablanca, ahora ha boxeado en Barcelona, marcha hacia Teherán. El promotor, Bamala, ha montado el «show» de Cassius Clay en Barcelona y los resultados económicos parecen ser buenos. Buenos para Ali o Clay, como ustedes prefieran; buenos para Goyo Peralta (unas 500.000 pesetas) y buenos para Bamala, naturalmente. El resultado deportivo tampoco ha ido escaso. Muhamed Ali demostró, a lo largo de los ocho asaltos, que el boxeo podría ser un hermoso deporte si lo boxeara siempre Cassius Clay en plan de exhibición. El «show» de Muhamed Ali nada tiene que envidiar al de Johnny Hallyday, entre otras cosas porque el cantante francés también tiene incorporado a su espectáculo el número de un combate de boxeo en el que, a veces, le ponen la cara como el mapa de Vietnam del Norte. En el «show» del boxeador norteamericano todo da la impresión de estar estudiado y controlado; desde su mal humor con freno y marcha atrás, hasta su oratoria de predicador religioso en periodo de prácticas.

#### «¡DEJADME, QUE LE MATO!»

Llegó Clay sacudido por los vientos de la irascibilidad. En Madrid estuvo bastante descortés con el género humano que le rodeaba y en Barcelona se prestó a una rueda de prensa en la cual casi todas las preguntas, aparentemente, le molestaban. Sobre todo cuando se le recordó que Frazier le había tumbado. «¡Yo jugué con él, me confió. Pero él ahora no quiere boxear conmigo. Me rehúye!». Clay jalona su fogosa oratoria con puñetazos, tan gigantescos como su puño, sobre las mesas víctima que se ponen a su alcance. Ha conseguido el arte de la ferocidad facial controlada y cuando se levanta para gesticular o amenazar consigue convertirse en una furia sin que nadie se asuste.

Clay dijo que la religión era muy, muy importante. Que no estaba de acuerdo con los **Black Panthers**, que de política no entendía nada ni le interesaba (quizá haya dejado de interesarle a raíz de que se le restituyera el político derecho a boxear). Otra de las genialidades ideológicas de Muhamed Ali fue prohibir a sus mujeres que salieran de noche para acudir a un tablao flamenco barcelonés. O bien los prejuicios religiosos no tienen hora o frontera o bien a Clay le informaron relativamente mal sus asesores en peculiaridades nacionales. Tal vez Clay creyó oportuno dar la sensación publicitaria de que era más marido español que los maridos españoles.

Por lo demás, el plato más apetitoso del «show» fue la propia velada y un entremés muy bien aderezado. La rueda de prensa barcelonesa terminó como una película de Hitchcock interpretada



# MUHAMED ALI en Barcelona

por Cassius Clay. De pronto, alguien pronunció el nombre de Goyo Peralta y la sombra de Goyo Peralta apareció en el marco de la puerta. Fue un segundo. Clay empezó a dar puñetazos sobre la mesa y a calentarse dialécticamente: «Goyo Peralta, ¿dónde está? Le mato. Ahora mismo le pego una paliza. Ahora mismo». Y se puso en pie Muhamed Ali y derribó cuantas mesas se pusieron a su paso e hizo un mutis espectacular en busca de la sombra de Goyo Peralta. La comitiva de seguidores secundaron a Clay en el empeño de encontrar al argentino, pero Clay no supo, o no quiso, encontrarle. Según revelaciones de un conserje, Goyo estaba en el piso de arriba, hundido en una butaca, arreglándose las uñas.

#### SEGUNDO ACTO

El segundo acto transcurrió durante la velada. Otro aliciente, al margen de la presentación del «show» Clay, era la reaparición de Manolo Calvo, pero esta vez en la categoría de los ligeros. Los combates anteriores al de Clay contra Peralta fueron soporíferos y pusieron al público en estado agrio. En los prolegómenos del combate aparecieron sobre el ring viejas glorias del boxeo español y glorias actuales. Clay estrechó la mano de todos estos boxeadores hasta que llegó Ur-

tain... El norteamericano había dicho en Madrid que, según sus informaciones, el mejor peso pesado europeo era Urtain y que tendría mucho gusto en romperle la cara.

Urtain subió al ring barcelonés para pedir la mano a Clay y la mano le fue denegada, a pesar de que el vasco se gana muy bien la vida. No sólo le fue denegada, sino que como Urtain insistiera, el irascible Clay hizo un lento amago de darle un cachete por su osadía. Entre Urtain y el «manager» rodearon con sus brazos al magnífico actor que es Cassius y la cosa terminó ahí. El público dividió sus opiniones. Había quien aplaudía por el gesto de Muhamed Ali de no dar la mano a Urtain y había quien aplaudía por la perfección de la comedia, tan bien realizada. Por cierto, en las sillas de pista abundaban las señoras de campeonato de esquí acuático, atraídas no sólo por el morbo de la violencia boxística, sino también por la belleza física de Clay. Una voz femenina dominó las restantes cuando Clay subió al ring: «Que n'es de maco». Que quiere decir, más o menos: «¡Qué hermoso es!».

#### TERCER ACTO

La pelea comenzó y se convirtió en un recital del mejor boxeo que público español alguno haya contemplado en muchos años.

Clay demostró ser un esgrimista formidable, un pegador inesperado, un bailarín del ring y, además, demostró poseer una elegante concentración que le permite la ferocidad parsimoniosa, pero ágil, de la araña. El argentino Goyo Peralta es un buen técnico, que tuvo su gloria en el campo de los semipesados y su pretérito deportivo en el campo de los pesados en España. Peralta secundó bien a Clay, recibió lo suyo y contribuyó a que hubiera espectáculo. La exhibición era «a la americana», es decir, sin vencedor ni vencido, y al término de los ocho asaltos el público entendido aplaudió, frenético, la maravillosa exhibición; el público de bulto estaba algo cabreado porque la película no terminaba con el beso final, es decir, con el simbólico beso a la lona que señala la victoria y la derrota. ¿Una película sin desenlace? No. El desenlace podía verse o leerse en el transcurso de los ocho asaltos, en el gancho de izquierda de Clay que sólo llegaba amortiguado al rostro de Peralta, respetando las reglas del juego.

Muhamed Ali pasó por nuestros cielos como un superdotado rutilante que puede basar su espectáculo en el número del «sonado» verbalista. Y nos hizo olvidar por unas horas el espectáculo, a su pesar, de tantos y tantos boxeadores destruidos: los «sonados» de verdad. ■ LUIS DAVILA.